Títiros dicen á la muda piedra
Las leyendas incógnitas del agua (1).

Muchas composiciones puédense citar como ésta; pero no menos como esta otra, donde el autor ha querido hacer alarde de modernismo rítmico, imitativo, ya del movimiento físico, ya del cansancio moral, ya del hastío, ya de la monotonía ó de la tristeza que él experimentó en *La plaza de los Aljibes* de la misma Alhambra.

Seis renglones aconsonantados, pero desprovistos totalmente de agrado musical, abren la composición, cuyo título queda subrayado, y parecen querer imitar la asimetría de la arboleda, la carrera nada rítmica del Darro.

Dicen así:

Cual negros pensamientos del Alcázar morisco
Los silenciosos álamos
Hasta el Darro descienden, que va de risco en risco,
Á adelfas y jazmines tejiendo verdes tálamos,
Y del vencido moro
Las cálidas leyendas evoca en lengua de oro.

El poeta nos va hablando del crepúsculo, y para ello de la tarde «que amorata» el jardín de la Vega; de una tristeza que inunda no se sabe qué «diáfanos cristales», que tampoco se sabe si copian ó son copiados por «los nopales

(1) *Paisajes*, pág. 11.



de Alhambra y Albaicín», ó si la tristeza es la copiada; y por fin nos dice que «el camarín de la Sultana»

Ostenta el ajimez
Obscuro, del ocaso sobre la palidez.

Estrofa es la pasada obscura de puro violenta y falsa, de puro querer ser nueva.

La siguiente compite con la anterior:

La noche llega. El río
Se aduerme. El horizonte
Dibuja en lontananza un cárdeno arrecife.
Se emboza en sombras grises el viejo Sacromonte
Y el ensueño se cierne sobre Generalife.

Pero la que llega al *non plus*, no de la armonía, sino de la desarmonía imitativa ó copiativa, es la consagrada á describir el sopor religioso de la boca de noche:

De los vetustos templos los muros cenicientos
Se yerguen y se enlutan;
El imperio las sombras á las luces disputan,
Se oye el rumor del Ángelus.
Abajo en los conventos
Las monjas van cantando,
Dolientes y enlutadas,
Austeras melodías
Por entre las arcadas
De los patios, sombrías.....
Rezan Avemarías
Gangosas voces frías.....

Resuenan compasadas
Cansadas
Letanías (1).

Sólo es comparable con este abuso de la desarmonía copiativa este otro, del propio autor, en la parte de *Paisajes* que intitula *Castilla*, y que es la última como estrofa de la composición que se llama *El Escorial:*

Los monjes soñolientos
Y del órgano al són,
Entre los salmos lentos
Rezan Kyrie eleisón.....
Y en los muros grisientos
Suena: Christe eleisón!
. . . . . (2).
Los fúnebres lamentos
Conmueven los cimientos
Del regio panteón.
. . . . . (2).
Un clamor errabundo
De luenga vibración,
Pide para las culpas
De Felipe Segundo
Olvido y remisión.....
Amén.
Christe eleisón,
Kyrie eleisón,
Piedad.....
Kyrie eleisón (3).

(1) *Paisajes*, págs. 7-9.
(2) Estos puntos suspensivos son del autor.
(3) *Paisajes*, págs. 84-85.



Yo no encuentro comentario digno de la increíble realidad.

Es preciso confesar que el excesivo cuidado de la forma lleva á lo deforme.

* * *

Así como *Paisajes* es un álbum de descripciones españolas, andaluzas y castellanas en su mayor parte, y *Joyeles bizantinos* lo es, como en el nombre lo lleva, de escenas, parajes y costumbres otomanas, así *Noches blancas*, el último libro de Zayas, es un conjunto de descripciones y retratos de Suecia, y en él, dicho sea en justicia, hay muchísimo menos abuso de la versificación que en los tomos sus hermanos mayores.

Porque casi todas estas poesías están escritas en metro regular y en combinaciones ó coplas, aunque algunas poco usadas, pero todas armónicas, siendo la menos de todas una forma de octavilla *roma*, quiero decir, sin final agudo, de que se ven ejemplos en varias composiciones, v. gr., en *Kiksdag*, á este tenor:

Las Fasces y las Ánforas
Que ilustró Bonaparte,
De las tribunas ornan
Los largos antepechos,
Y ni con una sola

Alegoría, el arte
Adorna la blancura
Sin lustre de los techos.

Ó esta otra:

De Palacio en el viejo
Reloj es mediodía:
La Tribuna con muda
Precisión matemática
Va llenando de cintas,
Cruces y pedrería
La flor de la intachable
Sociedad diplomática..... (1).

* * *

La misma huella del parnasismo se ve en las descripciones: las hay tan gráficas que se ven, no se oyen; su impresión no es en el oído, es en la retina.

El *Entierro ortodoxo*, la horrorosa *Fiesta de los persas*, en *Joyeles*, dejan la impresión de quien ha visto la indiferencia que siempre nace en una sociedad abigarrada ó las crueldades del ciego fanatismo; pero donde la impresión es más honda es en aquello de que nos podemos dar cuenta, aquello en que podemos comparar la experiencia y la lectura. Como sucede en algunas composiciones de gran precio en *Paisajes*.

(1) *Noches blancas*, págs. 149-150.



El *Preludio*, que es una como general revista de los encantos pictóricos de la tierra andaluza, no merece menos elogio que decir: ésto es aquéllo:

Ondulados campos rayados de olivos,
Al pie de romeros do liban abejas,
Cortijos risueños, macetas de vivos
Claveles que aroman balcones y rejas.
Peñascos obscuros, densos matorrales,
Auroras y ocasos de suaves matices,
Cielo que atraviesan nubes de zorzales,
Campos que alimentan bandas de perdices.
Llanuras doradas, abundantes eras,
Sol incandescente, cielo de zafir,
Pitas que adormecen sobre las riberas
Las canciones moras del Guadalquivir.

Y así va recorriendo cuanto se ofrece á su pincel inspirado, y con elegante y propio epíteto lo deja retratado y colorido:

Apacibles sombras de torcidas parras,
Perennes naranjos y adustas higueras
Que el ruido recogen de broncas guitarras
Y los hondos ayes de las peteneras.
Mozos que cabalgan cual jinetes moros
Y al són de los crótalos sus ocios divierten,
Y burlando el ciego furor de los toros,
De cálida sangre la púrpura vierten.
Risueños lugares de casitas blancas,
Donde van sedientos del fresco gazpacho

Chavales que llevan las novias en ancas
Sobre el aparejo del díscolo macho (1).
. . . . . .

* * *

No es tan hondo el placer, aunque es mayor la admiración que nos producen las descripciones no menos propias de *Noches blancas*.

En este libro se van deslizando ante los ojos panoramas diversísimos de los nuestros, héroes cuyo nombre se resiste á pronunciar nuestra mal domada lengua, rostros y personas de rigidez marmórea, y todos los cuadros, todas las figuras aparecen envueltas en la humosa y gélida atmósfera del Polo. Algo de la severidad del mármol y de su dureza:

Todo en silencio está. Nada se mueve;
Una niebla sutil vela el paisaje;
En los escuetos árboles la nieve
Suspende randas de liviano encaje.
Por el viento polar petrificadas
Las aguas son el dorso de un espejo;
De las rubias doncellas las miradas
El sol congela con senil reflejo (2).
. . . . . .

Igual es la descripción de la larga noche circumpolar de *La Noche blanca*, que da nombre á todo el libro:

(1) *Paisajes*, págs. 3-6.
(2) *Noches blancas*, pág. 9.



Después que el sol flemático
Se ha hundido en el Poniente,
La claridad del cielo
Es blanca y transparente.
Es un fulgor de lágrima
Que da melancolía,
Sudario en que el cadáver
Envuélvese del día.
Es luz que va tendiendo
De césped sobre alfombras
Matices de alborada,
Más tristes que las sombras.
. . . . . .
Mientras la nieve afuera
Con suave incertidumbre
Tejiendo del invierno
Está la estola clara,
Y trueca el bronce verde
En mármol de Carrara.
¡Oh noches blancas, noches
Sin luna y sin estrellas!
¡Oh noches que grabadas
Lleváis del sol las huellas!
¡Oh clorótidas noches
De faz convaleciente
Que al ocaso y la aurora
Abrazáis juntamente!
¿Por qué siempre que miro
Vuestra blancura, siento
Que invaden negras nubes
Mi negro pensamiento? (1).

* * *

(1) *Ibid.*, págs. 73-76.

Este último verso parece que traiciona al vate parnasiano, completamente impasible. No es la traición y el descubrimiento mayor que hay en sus libros.

Más: diré lo que siento sin reservas enojosas: es el Sr. Zayas demasiado español y demasiado cristiano para mostrarse tan parnasianamente impasible.

Buena prueba tenemos en *Paisajes* y en *Noches blancas*.

Verdad es que en los primeros, al llegar al Escorial, tiene frases como las transcritas, que recuerdan las progresistadas de Quintana y Núñez de Arce; mas no son ni tan subidas de color como las de éstos, ni tales que no puedan reputarse como dichos artísticos, puramente tales.

En cambio, en el prólogo de *Noches blancas* nos descubre su corazón de católico, herido por el espectáculo del luteranismo petrificado, de la herejía dominadora y:

La fe en las doctrinas de la Iglesia católica, cada día más arraigadas en mi entendimiento, apenaba mi corazón al contemplar el correcto y compasivo desdén con que presenciaban los luteranos el santo sacrificio de la Misa. Esa misma fe arrancaba lágrimas á mis ojos de poeta, cuando bajo las profanadas bóvedas de Ridarsholm consideraba el olvido en que yacen las cenizas de los Vasas.

»No el odio á los enemigos de la Verdad Eterna, sino el amor á un culto y noble pueblo que la discute y la rechaza, desataba mis labios en amargos lamentos y guió



después mi pluma al escribir algunas de las más vehementes poesías de este libro» (1).

Estas «vehementes poesías» son, de seguro, *La Misa* y *Ridarsholm*, *Domingo* y *Fachada*, donde hay versos de noble odio al dogma frío y pagano de Lutero:

..... Una campana
El bronce helado de su lengua mueve
Y resuena en el alma luterana
Su voz con vaga austeridad de nieve.
. . . . . .
Tal vez las sigue viejo melenudo
Con gafas de oro, el cuerpo contrahecho,
Á quien aun Ibsen arrancar no pudo
La dura fe de fray Martín del pecho.
¡Oh angustiosos domingos luteranos! (2).

En un cementerio luterano contempla.....

Cercadas de tardíos
Ebónibus, sin cruces,
Tendidas en el suelo
Las losas sepulcrales.....

y oye los salmos; pero ¡qué salmos!

Los salmos que el espíritu
No elevan hacia el cielo!
¡Los gélidos versículos
Que entierran la alegría! (3).

(1) Págs. XII-XIII.
(2) Págs. 17-18.
(3) Pág. 36.

Hasta en las fachadas de los palacios ve la huella del espíritu disidente:

Soportan las cariátidas balcones
En las frentes, y dicen sus semblantes,
Á través de paganas correcciones,
La austeridad del gesto protestante (1).

Ve á Gustavo Vasa, y adivina por

El duro gesto de su labio fino,
Que ya el sosiego le arrancó del alma
La falsa tesis con que agita el mundo
De Vitemberg el díscolo Agustino (2).

Pero donde mayor empuje alcanza su católica aversión al luteranismo, es en la citada poesía *Ridarsholm:*

Como la luz crepuscular sombría
Penetró la soberbia de Lutero
En el templo ojival que estremecía
Antes la voz del órgano severo.
Los glaciales espíritus obscuros,
En expansiones fervorosas parcos,
Arrancaron estatuas de los muros
Y lámparas votivas de los arcos.
Con el de ayer cristiano sentimiento
La de hoy tristeza sin piedad contrasta,
Como las hojas ráfaga de viento
Barrió el arte el furor iconoclasta.
Gustavo Vasa, corazón de risco,

(1) *Fachada*, pág. 40.
(2) *Gustavo Vasa*, pág. 86.



Que avideces despóticas destila,
La casa profanó de San Francisco,
Cual los campos itálicos Atila.
. . . . . .

Después de llorar enérgicamente la ruina del templo, apostrofa á sus expoliadores, y los otros héroes escandinavos, que duermen allí eterno sueño en espantosa soledad:

¡Oh de Lutzen y Narva vencedores,
Que dormitáis en gélido recinto,
Orlado por banderas y tambores
En pilastra del orden de Corinto.
Jamás encomendaron vuestros nietos
Al Señor vuestras almas taciturnas,
Y ni aun con ramas míseras de abetos
Á engalanar vinieron vuestras urnas.
No hay una sola lámpara que irradie
Plácida luz en vuestra torva calma:
Ninguno reza por vosotros. ¡Nadie
Recuerda ¡oh reyes! que tenéis un alma!
Volved al polvo en sepulturas, plagios
De las de Paros en la antigua Grecia.
¡Que el *espíritu fuerte* los sufragios
De los humildes crédulos desprecia!
Es nuestra pompa funeral tan fría
Como la pompa de la edad pagana (1).
. . . . . .

* * *

Quien así sabe aborrecer lo malo, cerca está de amar lo bueno.

(1) Págs. 111-114.

Y Zayas no se muestra ajeno á profundos sentimientos católicos en algunas, por desgracia, pocas composiciones.

Volvamos á los *Paisajes*.

Un capítulo tiene que titula *De Iglesia;* pero, de siete composiciones que comprende, sólo dos son piadosas, católicas de verdad. Las otras son muy parnasianas; tanto que, aun *El Viático* y *Genitori Genitoque*, están escritas con tal indecisión crepuscular, que nadie acierta á distinguir ni á Jesús en su Sacramento, ni al poeta, ferviente cantor suyo.

*Domingo de Ramos* y *El Rosario* son cosa mejor.

En la primera hay unos hermosos quintetos que cifran la misión de nuestro divino Salvador, su amor al humano linaje, su superabundante Redención.

Más íntima es *El Rosario*, que consta de cuatro como sonetos en alejandrinos, y de los cuales el tercero, que es una plegaria del poeta, da muestra del estado de su alma, de sus anhelos, de sus fervientes peticiones: no necesita comentario:

Á tu piedad sin mácula mi corazón se entrega,
Exhausto de esperanzas, punzado de dolores;
Tú eres la Santa Madre del Dios de los amores,
Yo soy el hijo pródigo que arrepentido llega.
El hijo que la media luna, que huellas, riega
Con lágrimas y pídete, como en días mejores,
La fe con que contemplan tu faz los labradores



Que ante tu altar envían los pueblos de la Vega.
La fe de mis abuelos, esa fe, esa alegría
Que, aun abatida y triste, guarda la patria mía
Y suavemente corre por los campos en calma.
La fe, que es el tesoro del pobre campesino
Y va como una estrella señalando el camino
Que conduce hasta el puerto de salvación del alma.

Una palabra más.

Don Antonio de Zayas merece elogio por su nada vulgar conocimiento del arte de versificar, alabanza por la perfección que ha dado á su arte y trabajo; indulgencia también por las extravagancias á que un prurito irreflexivo le ha llevado. En muchas ocasiones ha hecho buenos versos, hermosísimos versos.

También merece alabanza por las veces que, rompiendo la glacial corteza de la forma bruñida, nos ha hecho ver su corazón. Aumente estos afectos, frecuente estas inspiraciones, déjese llenar de ese soplo fecundo, y será leído, leidísimo: los contemporáneos y los que vengan detrás le darán coronas, de las cuales podrá decir, como el más popular y más católico de los parnasianos franceses, Francisco Copée:

On me lit. Soit. J'en ai des preuves:
J'apprends. . . . . .
Que mes lauriers sont toujours verts (2).

(1) Pág. 193.
(2) Se me lee. Bien. Tengo pruebas de ello:
Conozco. . . . . .
Que mis laureles siempre están verdes.